
LA PARROQUIA EN EL MISTERIO DE CÓMO DIOS UNO Y TRINO AMA EL MUNDO¹

Rev. Aragón. Teol. 39 (2014)

ERNESTO J. BROTONS TENA

1. A modo de prólogo: Nuestro tiempo, tiempo de Dios, y tiempo para Dios.

“Nuestro tiempo es tiempo de Dios y tiempo para Dios”. Es ésta una de esas certezas del corazón que todo creyente, y toda comunidad evangelizadora, guarda muy dentro. Merece la pena repetirlo: “Nuestro tiempo, tiempo de Dios y tiempo para Dios”².

Comienzo «hablando del tiempo», precisamente, porque esta afirmación nos «des-centra», nos saca de nosotros mismos para remitirnos y hablarnos de Dios y de la historia, del momento en que vivimos, de la gente, de la realidad de cada día, en definitiva: de «lo humano». Sólo cuando somos capaces de «des-centrarnos», nos «centramos» de veras. Y eso vale para nuestra vida personal, comunitaria, eclesial. Vale perfectamente para nuestras parroquias. Para Dios y para los hombres es nuestro tiempo, el tiempo de cada uno de nosotros, de los cristianos, de nuestras comunidades parroquiales, de la Iglesia. Dios y los hombres, eso es lo primero. La Iglesia no existe para sí misma. Toda nuestra existencia, abrazada y unida a la humanidad entera de la que formamos parte, es de Dios y para Dios.

Con todo, muchos me dirán que mi pronóstico del tiempo no es evidente. Son, de hecho, muchas las voces que, en nuestra sociedad, digamos secularizada, proclaman más bien lo contrario: el tiempo de

¹ Ponencia ofrecida en el Encuentro Diocesano de Pastoral del 26/10/2013. Se ha revisado a la luz de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Sobre el tema, puede cf., además, E. Brotons, (dir.), *El Buen Pastor, 50 años contigo. Historia de una parroquia. Teología de una vida*, Comuniter, Zaragoza 2011, especialmente 125-154; 179-270, con la bibliografía que allí se indica.

² Cf. S. del Cura, ‘A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (in)tempestivo’: *Burgense* 43 (2000) 323-378.

Dios, y, en consecuencia, o, por supuesto, el de la Iglesia, se ha agotado³. Ya han tenido su tiempo. Hay autores que nos dicen que, al menos en la práctica, el hombre ha olvidado que ha olvidado a Dios; es decir, ha olvidado el olvido, y, en consecuencia, su ausencia no es ausencia⁴. La llamada a la nueva evangelización que nos hizo el papa Benedicto al iniciar el año de la fe, y que nos han recordado los obispos en el reciente sínodo sobre la nueva evangelización, recoge este dato e intenta responder a este hecho.

Son muchos, ciertamente, los nubarrones. Vivimos horas bajas para la credibilidad de la Iglesia, aunque parece que los gestos, las palabras y el estilo del papa Francisco han supuesto para muchos, incluso no creyentes, un balón de oxígeno. Pero no podemos conformarnos con esto. Y es que, a veces, la cosa se complica y mucho; ¿por qué?:

1. En primer lugar, sin duda, por nuestros pecados y por nuestra falta de fidelidad al Evangelio. Tras el alejamiento de muchos de la Iglesia hay muchas decepciones, sensibilidades heridas. Tal hecho nos sitúa: se nos reclama mucha comprensión, ternura, conversión, capacidad para: pedir perdón y, lógicamente, una mayor fidelidad a Cristo, a sabiendas de que su amor y su misericordia es siempre más fuerte que nuestro pecado. Ello nos convierte en testigos de su misericordia. Con todo, junto a las sombras, es de justicia reconocer y agradecer los kilos de amor derrochado en nuestras comunidades cristianas. Nuestro dolor y vergüenza por los pecados de algunos miembros de la Iglesia, y por los propios, no deben hacernos olvidar cuántos cristianos ofrecen, día tras día, su vida y su tiempo por amor y con alegría. Este testimonio nos sostiene y nos ayuda a superarnos y entregarnos más a los demás⁵.

2. Nos cuesta, por otra parte, ubicarnos en un mundo plural y laico, que cambia muy deprisa. El estilo posmoderno de vida, muy individualista en el fondo, tampoco ayuda. No hay lugar para las grandes

3 Cf. S. del Cura, art. cit., 330ss; Id., 'Realidad de Dios y propuestas pastorales: «etsi Deus (non) daretur»', en M. A. Pena - A. Galindo - J. R. Flecha (eds.), *Gozo y esperanza. Memorial profesor Dr. Julio Ramos Guerreira*, UPSA, Salamanca 2006, 245-274.

4 Cf. G. Tejerina, 'De la necesidad y de la gratuidad de Dios. La fe y el testimonio en el tiempo de la indiferencia', en M. A. Pena - A. Galindo - J. R. Flecha (eds.), *o.c.*, 197-215.

5 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 76.

verdades donadoras de sentido, mientras lo emocional, el sentimiento y el poder elegir priman acompañados de una alergia a todo lo que suponga institución, procesos, compromiso estable. En este contexto, ¿qué hacemos con el Evangelio máxime cuando éste se presenta como una oferta radical de horizonte y sentido, que nos precede, y a la cual es difícil renunciar sin perder la propia identidad?

3. La cosa se complica también por un laicismo mal entendido que deviene en indiferencia, animadversión, caricatura o burla de todo lo que suene a cristiano, a la vez que se extiende con fuerza cada vez mayor la idea de que la fe es algo muy privado, que no tiene o no debe tener ningún tipo de relevancia social y pública, algo muy personal, voluble, no sujeto a regulación⁶. A la sazón, todo resulta más difícil porque surgen otros dioses y el dinero sigue siendo un dios que atrapa el corazón del hombre como nadie, a pesar de que, convertido en dios, recuerda a Saturno devorando a sus hijos. La actual situación de crisis que vivimos, a la que no puede ser ajena nuestra pastoral, tiene mucho que ver con ello.

4. Existe, además, un factor muy cotidiano, que suele pasar desapercibido en los análisis, pero que determina nuestra pastoral concreta y mucho: la gente no tiene tiempo... Asusta contemplar el ritmo de vida en que nos hemos metido. Vivimos a golpe de agenda, corriendo, sin tiempo para «encontrarnos». Es difícil crear comunidad cuando uno va del piso al garaje, en coche al trabajo, de compras al garaje del centro comercial de turno, o a las extraescolares de los niños. Coche, garaje y casa ¿cuándo nos vemos? ¿Cómo provocar espacios y momentos de encuentro? Por otra parte, te dicen, hay que priorizar, y son tantas las cosas a hacer... ¡Qué difíciles se hacen los compromisos, los procesos...!

Recuerdo todo esto, sin tiempo para un mayor análisis, porque, como dice el Papa, un buen camino para el retorno de los alejados es conocer bien por qué se han ido y dejarnos interpelar por ello; pero, sobre todo, lo recuerdo porque, queramos o no, nos afecta. Nos afecta, primero, porque duele, y mucho, experimentar que lo que te llena la vida no llega a otros; porque es fácil cansarse de ir contra corriente; porque hay momentos en los que no se vislumbra futuro alguno. “He-

6 Cf. ib., 255.

mos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada...” (Lc 5,5; Jn 21,3). Es entonces cuando llegan las tentaciones:

1. La primera, enrocarnos, como en el ajedrez, encerrarnos en nosotros mismos y condenarlo todo, quejarnos de todo, refugiarnos en el rol, en la institución, en el «siempre se ha hecho así»⁷; o convertirnos en grupos «estufa», quedarnos en ese “¡qué bien se está aquí!” (Mc 9,5), mientras Jesús ya hace tiempo que ha emprendido camino hacia Jerusalén.

2. En segundo lugar, el «ateísmo eclesial», cambiar de función a cambio de pervivencia social, buscar pervivir con una identidad nueva, ya sea moral, estética, cultural o, simplemente, social. Pero ¿seríamos, entonces, comunidades capaces de suscitar fe, esperanza y amor? Si no podemos hablar de Dios, dicen, hablemos de la vida, de...; pero, atención, porque si el nombre de «Dios» termina convirtiéndose en algo sustituible o intercambiable sin más con otra multitud de nombres, la misma realidad de Dios terminará lógicamente siendo sustituida⁸.

3. La última: el desaliento, el cansancio, la acedia espiritual, el abandono y la deserción, o la búsqueda de seguridades varias, entre ellas cualquier forma de poder, para trepar o sobrevivir⁹. Asombra, al respecto, la fuerza de esa mundanidad espiritual de la que habla el Papa en su exhortación postsinodal, capaz de esconderse bajo apariencias loables, pero que, en el fondo, busca sólo el propio interés¹⁰. A veces, toma la apariencia de un intimismo gnóstico, subjetivista, intimista... otras, las de un neopelagianismo autorreferencial, prometeico, con-

7 “La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades”. “Cristo, recordaba san Ireneo, en su venida, ha traído consigo toda novedad. Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad, romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y sorprendernos con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva»”. Ib., 33 y 11, respectivamente.

8 Cf. S. del Cura, ‘Realidad de Dios...’, 264.

9 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 78-92.

10 Cf. ib., 93-97.

trolador¹¹. Ni el pragmatismo, ni la ansiedad del activismo, ni la búsqueda de resultados «ya y ahora» son buenos consejeros. Tampoco el pesimismo estéril, el constatare «habrá qué» o las rencillas internas¹². Se hace difícil y dura la debilidad y fragilidad de la fe. Y nos cansamos. No es difícil escuchar cada vez con mayor frecuencia ese “somos pocos, mayores, cada vez menos”.

Si usted, su comunidad, o yo mismo, padecemos estos síntomas, hay buenas medicinas: Para el «somos mayores»: Gn 12, 4. “Partió Abrán como le había dicho el Señor. Tenía setenta y cinco años...”. Dios empieza la Historia de Salvación con «un jubilado». Es una constante en toda la economía salvífica: Dios siempre actúa desde lo pequeño, lo sencillo, lo humilde. Dios se hace fuerte en la debilidad (Mt 11,25; 1 Cor 1, 1 Cor 1,18-31; Sant 2,5). Para el «somos pocos, cada vez menos», Jdt 9,11: “Tu poder no está en el número, ni tu señorío se apoya en los guerreros, sino que eres el Dios de los humildes, ayuda de los pequeños, defensor de los débiles”. Y para todo lo anterior: Jn 21. Tras la noche en vela, «in albis», sin pescar, su presencia, capaz de dar fruto, obedecerle aunque cueste (“volved a echar las redes”), comer con él, la intimidad con él. “¿Me amas? Sí, Señor, tú lo sabes todo... tú sabes que te amo”.

Cuando amenaza el cansancio, el pesimismo, el fatalismo o la desconfianza, cuando creemos que nada puede cambiar, recordemos que Jesucristo vive (nos exhorta *Evangelii gaudium*); su amor ha vencido al pecado y a la muerte. Su resurrección no es algo del pasado, ni ha sido en vano; entraña una fuerza de vida que nada ni nadie nos puede arrebatar. En cada campo arrasado, al final aparece, de nuevo, la vida, tozuda, invencible. La fe es creerle, confiar en Él, creer de verdad que nos ama, que es capaz de intervenir en nuestra historia, que no nos abandona, que el Reino de Dios ha comenzado ya a hacerse presente, y que, por todas partes, hay gérmenes de un mundo nuevo, que por mucho que se corten, vuelven a brotar. Cuando no los veamos, recordemos que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de patentes fracasos. Dios hace fructificar cualquier pequeño gesto y entrega de amor, aunque no podamos pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. En Dios, ningún gesto de amor se pierde. Basta con

11 Cf. ib., 94.

12 Cf. ib., 76-101.

confiar, confiar en la fuerza de su Espíritu. “Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca”¹³. Todo esto no lo aprendemos solos. De ahí el valor y la necesidad de la comunidad; de ahí la importancia de abrirnos a las relaciones nuevas y fraternas que genera Jesucristo.

Recuerdo: Nuestro tiempo es tiempo de Dios y tiempo para Dios. Todo se resume en confiar. No sería justo, aunque percibamos con dolor y lucidez las dificultades, poner en duda la fidelidad de Dios en nuestra época. Nunca ha habido un tiempo idóneo para el anuncio del Evangelio, ni tan malo que no pudiera ser anunciado. “No sabemos si el camino del hombre contemporáneo desemboca en Dios, pero lo que sí sabemos es que el camino del Dios vivo ha desembocado irrevocablemente en el hombre”¹⁴, y nosotros participamos de este misterio. Dios ama este mundo y esta historia, y nosotros, la Iglesia, nuestras parroquias, pertenecemos al modo de cómo Dios, uno y trino, ama este mundo, esta historia, este tiempo, este momento; pertenecemos a la historia trinitaria de Dios con el mundo.

Desde esta convicción o certeza del corazón quisiera invitaros a adentrarnos juntos en el misterio de la parroquia. No pretendo ofrecer «recetas» para que nuestras parroquias sean evangelizadoras; porque no las tengo, y segundo, porque no creo que el planteamiento sea sin más ver «qué hacemos» para que nuestras parroquias evangelicen, sino, ante todo, el ser fieles aquí y ahora, con los retos que cada momento nos plantea, a nuestra propia identidad, vocación y misión. Dicha fidelidad, fuente de toda renovación, es, por sí misma, evangelizadora. Veamos.

13 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 275-280, la cita en 279.

15 *Gaudium et spes* 1.

2. Pero hablemos de la parroquia...

2.1. Origen de la parroquia.

Cuando hablamos de la parroquia, nos situamos ante una de las instituciones eclesiales más antiguas y más tradicionales de la Iglesia.

Como «institución», la parroquia nació del impulso evangelizador del s. IV, favorecido por el edicto de Milán, que reconoció a los cristianos la posibilidad de vivir su fe en libertad. ¿Qué sucede en estos momentos?

Las Iglesias de las ciudades se lanzaron a evangelizar a la población rural que vivía en su entorno más inmediato, creando pequeñas comunidades en los núcleos rurales más importantes, que dependían totalmente del obispo de la ciudad, y estaban servidas por un presbítero. Dichas comunidades recibieron pronto el nombre de «parroquias», nombre que, curiosamente, significa a la vez «residencia en un país extranjero» y «vecindad». No son dos significados contrapuestos. Más bien se implican mutuamente y se remiten el uno al otro. Por un lado, nos recuerdan que la Iglesia es siempre peregrina, y, por otro, que no es una especie de «satélite» aislada de todo y de todos. Ella camina y peregrina, sin acomodarse, en la historia, en el mundo, recorriendo las mismas calles y plazas de una Humanidad de la que también es parte. La parroquia, a su vez, habla de vecindad, cercanía, proximidad, comunidad. Me gusta recordar y orar aquellas palabras geniales del inicio de *Gaudium et spes*: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”¹⁵.

Al mismo tiempo, el crecimiento del número de cristianos en cada ciudad obligó también a dividir la Iglesia urbana en comunidades menores confiadas a un presbítero, que recibieron el nombre de «títulos». De esta forma, la creatividad de la Iglesia estableció este tipo de comunidad menor para acercarse lo más posible a los hogares de los cristianos, y posibilitar así que todos pudieran experimentar el mis-

¹⁵ *Gaudium et spes* 1.

terio y la visibilidad de la Iglesia¹⁶. Es hermoso contemplar cómo desde el principio, ya desde los Hechos de los Apóstoles, la Iglesia asume la forma de comunidades visibles, concretas, fraternas, donde se parte el pan y escucha la Palabra, donde se sirve y comparte, donde, perseverando en la enseñanza de los apóstoles, se sale para proclamar el Evangelio, aun cuando se sufra, y no pocas veces, a causa del nombre de Jesús. Son comunidades en medio de la gente, en medio del pueblo, como un rumor, como una luz.

Desde entonces, la parroquia ha ido adaptándose a las distintas estructuras y cambios sociales. Es ésta una tarea constante. Podemos recordar aquella pastoral, hace ya más de cincuenta años, del entonces arzobispo de Zaragoza, D. Casimiro Morcillo, en la que manifestaba la necesidad de que la institución parroquial “se adaptase a los nuevos ritmos de vida, para renovarse en su liturgia, en su pastoral, en su ritmo”. La parroquia, decía, citando a Montini, futuro Pablo VI, es un ser vivo, la primera comunidad de la vida cristiana, la comunidad viviente de los fieles. Es una comunidad misionera, la célula primera del Cuerpo Místico de Cristo que anuncia su Palabra, nos incorpora a Él por el Bautismo y la Eucaristía, y guía a sus fieles por el camino de la caridad¹⁷. La invitación es plenamente actual. Gracias a su plasticidad, nos recuerda el Papa, la parroquia no es una estructura caduca. “Si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas». Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y que no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos”¹⁸.

Esta pequeña referencia histórica nos ofrece tres pistas importantes para el tema que nos ocupa:

1. La parroquia tiene su origen en la misión evangelizadora de la Iglesia. No nace como una agencia dispensadora de servicios religiosos, sino como una comunidad de fe y comunidad misionera y evangeliza-

16 “Como no es posible al obispo, siempre y en todas partes, presidir personalmente en su Iglesia a toda su grey, debe, por necesidad, erigir diversas comunidades de fieles, entre las cuales tienen un lugar preeminente las parroquias, constituidas localmente bajo la guía de un pastor que hace las veces del obispo”. *Sacrosanctum Concilium* 42.

17 Cf. C. Morcillo, *Teología de la parroquia*, carta pastoral, BEOZ, octubre 1958, 386-401.

18 Francisco, *Evangelii gaudium* 28.

dora. “La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero”¹⁹.

2. La parroquia nace como espacio de comunión. Es el lugar donde la Iglesia diocesana reúne de forma habitual a sus fieles, y está formada a imagen de ésta como comunidad y fraternidad. La eficacia real de la comunión exige comunidades que comuniquen afecto, bienes, tareas, pero, sobre todo, comunidades de fe que vivan en y de la comunión fontal con Cristo. No en vano, la comunión es siempre más profunda según la realidad de la que participa.

3. La parroquia no es ninguna realidad aislada, autárquica y auto-suficiente. Recibe su eclesialidad, su identidad y su misión, de la Iglesia particular, que, presidida por el Obispo, es la comunidad cristiana plena y necesaria. Una diócesis no nace de la suma de parroquias, sino al revés: la parroquia nace de la diócesis. Tampoco la parroquia es toda la Iglesia particular, ni engloba todos los ministerios y carismas de la diócesis. Ello nos obligará, como veremos, a aprender a trabajar en red, a insertarnos, en la medida de lo posible, en la pastoral orgánica de la diócesis²⁰. Pero, en ella, los cristianos viven, en comunión de fe, culto y misión, la concreta pertenencia a la Iglesia local, y, a través de ella, a la Iglesia entera.

Es en la parroquia donde mejor podemos percibir el carácter concreto y real de la Iglesia. La Iglesia no es una esencia abstracta, una idea. Es un «acontecer», real, concreto, que peregrina en la historia, aunque trascienda la historia. Cuando hablamos de la Iglesia hablamos de comunidades, rostros, historias, ilusiones, vidas entregadas, amor derrochado, tocadas, eso sí, por la fuerza vivificadora del Espíritu de Dios.

¹⁹ Ib., 28.

²⁰ Por eso, y en virtud de su eclesialidad, como ya advertía el entonces Arzobispo de Zaragoza, D. Casimiro Morcillo, la parroquia no puede ser un compartimento estanco, autárquico, encerrado en sí misma. Necesita de la comunión plena con la Iglesia diocesana y de la ayuda y colaboración fraterna con las parroquias circundantes y con las otras realidades diocesanas. Ni puede creerse autosuficiente, ni puede negar a los demás lo que puede darles. Cf. ib., 397s.

También en ella hay sombras y pecado, pues es santa y pecadora. En su exhortación apostólica sobre los laicos cristianos (1988), *Christifideles laici*, Juan Pablo II definió la parroquia como “la Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”²¹. Y es verdad, para la mayoría de los bautizados es el lugar y el ámbito donde lo eclesial se hace cercano, accesible y experimentable; y para la mayoría de los no creyentes es, en gran medida, la referencia concreta que pueden tener de la Iglesia.

2.2. Realidad cuestionada. Llamados a redescubrir su verdadero rostro.

Ello no quita para que la parroquia haya sido y sea una realidad cuestionada. Han sido muchos, en los últimos tiempos, los que han puesto en duda su validez como cauce evangelizador en una sociedad plural y secularizada como la nuestra, quizá porque la institución parroquial suele relacionarse con una pastoral de cristiandad. Desgraciadamente, no son pocos los que hoy siguen viendo simplemente en la parroquia un espacio administrativo, sacral, garante de tradiciones y dispensador de servicios religiosos. Y ello choca a menudo con las nuevas exigencias de evangelización de un mundo plural, laico y en constante cambio.

Aquí nacen las primeras tensiones: entre el anuncio del Evangelio y una sociedad que, en muchas ocasiones, sólo reclama ritos sociales de paso; entre sacramentos y evangelización; en qué y hasta dónde pedir y exigir a quienes se acercan a nuestras comunidades parroquiales.

Se esconde tras estas tensiones el debate sobre los distintos modos de pertenencia a la Iglesia, y un dilema: por un lado, es verdad que la comunidad parroquial ha de promover y privilegiar una pertenencia plena, consciente, y también comprometida y participativa, de sus miembros y grupos. Pero, a su vez, desvirtuaría su ser si pretendiera convertirse en una Iglesia de «puros», si cerrase sus puertas a quienes no practican con regularidad, a aquellos cuya fe es apenas una mecha humeante o, incluso, a aquellos que no creen o profesan otros credos.

Kasper, en uno de sus últimos libros, lo advierte: Todos, sin exclu-

21 Juan Pablo II, *Christifideles laici* 26.

sión, deberían sentirse en ella como en su propia casa²². Acogida incondicional y paciencia siguen siendo dos de las claves para una pastoral parroquial eminentemente misionera. No somos una agencia de servicios, aunque, a veces, esos servicios que prestamos sean la única oportunidad para ofrecer y provocar una experiencia distinta a la idea preconcebida de Iglesia con la que la gente se nos acerca. Con todo, nos movemos en la línea de lo propuesto por el 'Congreso sobre Parroquia Evangelizadora' de 1989, recogido en nuestro Plan Diocesano de Pastoral, con una apuesta decidida por el paso de una parroquia de «servicios» a otra de carácter eminentemente misionero y evangelizador. Nuestro plan nos invita, en la primera de sus prioridades, a apostar por comunidades cristianas vivas, caracterizadas por la participación, la acogida, la fraternidad y el crecimiento en la fe. Ello conlleva priorizar las acciones que tiendan a configurar las parroquias como comunidades vivas de fe.

Una pastoral evangelizadora, «en salida», supone, nos recuerda *Evangelii gaudium*, una pastoral «en conversión» a todos los niveles, también el parroquial. “Tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión”²³.

Estamos llamados, tal como nos invitaba Juan Pablo II, a redescubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia; o sea, el «misterio» mismo de la Iglesia presente y operante en ella. “Aunque a veces le falten las personas y los medios necesarios, aunque otras veces se encuentre desperdigada en dilatados territorios o casi perdida en medio de populosos y caóticos barrios modernos, la parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es «la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad», es «una casa de familia, fraterna y acogedora», es la «comunidad de los fieles»”. Comunidad de fe y comunidad orgánica, la parroquia “está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una comunidad eucarística”²⁴.

22 Cf. W. Kasper, Iglesia católica. Esencia-Realidad-Misión, Sígueme, Salamanca 2013, 411.

23 Francisco, *Evangelii gaudium* 28.

24 Juan Pablo II, *Christifideles laici* 26.

Hoy sentimos con fuerza la urgencia de una pastoral renovada, capaz de afrontar no sólo el reto del acompañamiento en la fe, sino del «primer anuncio». Ello exige comunidades abiertas y acogedoras, misioneras, con una pastoral valiente, creativa, esperanzada, pero, sobre todo, conscientes de su identidad y de su misión. Y es aquí donde quisiera insistir. Repito: no se trata de ver qué hacemos para que nuestras parroquias sean evangelizadoras, sino en cómo vivir en fidelidad nuestra realidad, identidad y misión.

3. La Parroquia inserta en el Misterio de cómo Dios ama el mundo.

Preguntada la Iglesia por su misión e identidad, ésta sabe bien que sólo puede mirar a su Señor. Ella no nace como consecuencia de una ideología, ni del recuerdo nostálgico de la causa de un difunto fundador. “No se comienza a ser cristiano, nos advierte Benedicto XVI, por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona”²⁵: Cristo.

En virtud de este encuentro, la Iglesia se sabe referida al misterio de cómo Dios, uno y trino, ama al mundo. Sabe bien que no se pertenece a sí misma, de la misma forma que no puede darse a sí misma. Su fundamento, su misión y su destino remiten más allá de sí y la definen. Recogiendo el sentir de la carta a los Efesios y de los Padres, el Vaticano II nos ha recordado cómo la Iglesia, que nace del acontecimiento Cristo, tiene su origen en ese misterio entrañable del Dios uno y trino que quiere compartir su vida divina con el hombre²⁶.

Al dictado del amor, la comunión se convierte en «misión». Dios se desborda y se regala generando comunión y vida. Por amor, sólo por amor, el Padre envía al Hijo y al Espíritu para que tengamos vida y vida en abundancia (Jn 10,10)²⁷. Y la misión es generadora de comunión, nace de la comunión, vive y se discierne en ella y para ella. En consecuencia, lo decisivo y radicalmente nuevo no es que vayamos hacia Dios, sino que Dios sale a nuestro encuentro.

25 Benedicto XVI, *Deus caritas est* 1.

26 Cf. *Lumen gentium* 2; *Gaudium et spes* 40; *Ad gentes* 2.

27 Cf. G. Greshake, *El Dios uno y trino*, Herder, Barcelona 2001, 472ss.

La Iglesia comprende su identidad y su misión dentro de esta historia trinitaria de Dios con el mundo. “Como el Padre me ha enviado, también yo os envío. Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,21s). No es la Iglesia la que define la misión, sino la misión la que define y constituye la Iglesia.

También en ella comunión y misión se implican. Sólo cumple su misión si permanece en comunión, sólo está en comunión si vive para la misión que le ha sido encomendada. No en vano, el origen de su comunión es el mismo que el de su dinamismo misionero²⁸. La referencia a la Trinidad no es arbitraria. En ella contemplamos nuestro origen, nuestro destino y, también, nuestro presente y modelo: “La Santa Trinidad es la mejor comunidad”, decía Leonardo Boff. Por ello, no cualquier modelo de comunidad humana es reflejo de la Trinidad. Hablamos de unidad y no de uniformidad, de comunión y no de mera yuxtaposición de personas; hablamos de comunión en la diferencia, en la pluralidad, también buena y presente en Dios, conscientes de que no son las diferencias las que nos dividen, sino el pecado; hablamos de unión sin confusión, de comunión de amor, de sentimiento de pertenencia mutua, de lazos que se abren y desbordan vida, del mejor «yo» desatando el mejor «tú».

Puede costar creer que nuestras parroquias pertenezcan a tan gran misterio. Conocemos bien nuestra historia, nuestras luces y sombras, nuestro pecado. Nos sabemos pequeños. Y, sin embargo, Dios cuenta con nosotros, quiere servirse de manos que pueden mancharse. Por eso, parafraseando a san Agustín, estamos llamados a «superar la vergüenza por los sacramentos de la humildad del Verbo»²⁹, y aceptar que Cristo Jesús quiera salir al encuentro del mundo, y amar al mundo, a través nuestro, a sabiendas de nuestra debilidad. Debemos «dejar a Dios ser Dios», consentir, confiar, pues “sabemos de quién nos hemos fiado” (2 Tim 1, 12). A nadie se le escapa que todo esto es «gracia». A nadie se le puede escapar la «responsabilidad» que conlleva.

4. “Rumor y luz”. La comunidad parroquial: comunidad de fe y sacramento del amor de Dios.

Inserta en el misterio de cómo Dios ama el mundo, el Vaticano II nos habla de la Iglesia, y, por tanto, podríamos decir, de la parroquia,

28 Cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici* 32.

29 Cf. Agustín, *Confessiones* 8, 2, 4.

como «sacramento», como sacramento universal de salvación³⁰ y sacramento de unidad³¹. Quisiera proponer, además, una expresión que consagró ya hace unos años un sociólogo norteamericano, Peter Berger, y que me parece especialmente hermosa: «rumor de ángeles»³².

En medio de las casas de nuestros vecinos, la parroquia es un rumor de ángeles, un rumor de Dios, tan sólo eso y a la vez tan grande...; pero uno sólo puede ser verdadero rumor, sacramento, cuando hay experiencia, cuando uno contagia lo que vive. Recordemos esa expresión del profeta Zacarías: “Queremos ir con vosotros porque hemos oído (se nota) que Dios está con vosotros” (Zac 8,23).

Jesús usaba otras imágenes, también geniales; hablaba de la «sal», de la «levadura», y, sobre todo, de la «luz»: “sois la luz del mundo” (Mt 6,14). Ser luz, nos dijo, significa obrar de tal modo que quien vea nuestras obras glorifique a Dios, dé gloria a Dios (Mt 6,16). Y la gloria de Dios, nos recordaba san Ireneo, es que todo hombre y mujer tengan vida y vida en abundancia. Dios es la gloria y vida del hombre³³. No es difícil advertir aquí los dos grandes sentidos de la evangelización que nos apuntaba *Evangelii nuntiandi*: en primer lugar, humanizar, la misión como servicio liberador a la vida, servicio a todo lo humano³⁴. Unido a ello, un segundo aspecto: el anuncio explícito de Jesucristo, no privar a la gente del nombre de Cristo, verdadera luz y vida del mundo. Sólo desde el Misterio de Cristo, sólo desde el Misterio del Verbo Encarnado, Siervo de YHWH, se ilumina en su plenitud el misterio del hombre, su vocación última y su destino³⁵. Todo el proceso huma-

30 Cf. *Lumen gentium* 48; *Gaudium et spes* 43; 45; *Ad gentes* 5.

31 *Lumen gentium* 1, *Sacrosanctum concilium* 26.

32 “No hace muchos años alguien preguntó a un sacerdote de un barrio bajo de una ciudad europea por qué trabajaba en él, a lo que el sacerdote replicó: “Para que el rumor de Dios no desaparezca totalmente”. P. Berger, *Rumor de ángeles*, Herder, Barcelona 1975, 168.

33 Cf. Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 4, 20, 7.

34 Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 18.

35 Cf. *Gaudium et spes* 22. “Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida. Cada vez que uno vuelve a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan, aunque no lo reconozcan: «Lo que vosotros adoráis sin conocer es lo que os vengo a anunciar» (Hch 17,23). A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno. Cuando se logra expresar adecuadamente y con belleza el contenido

nizador que puede sacar adelante la parroquia, quedaría incompleto si se priva al hombre del Nombre de Aquel que es su Vida con mayúscula³⁶, fuera del cual “no hay otro nombre en el que podamos salvarnos” (Hch 4,12). “Tenemos un tesoro de vida y de amor que no engaña”³⁷. En última instancia, la vida y la misión de la Iglesia no es otra cosa que comunicar a Cristo, unir a los hombres en Cristo y a Cristo.

Somos llamados a ser luz, pero no luz que deslumbra y ciega, sino luz sencilla, pequeña, que se encuentra allí donde se sirve y ama. Permittedme narrar una pequeña experiencia: En una pascua juvenil, antes de comenzar la vigilia pascual, comenté a los jóvenes que «nos habían robado el fuego» y había que salir a buscarlo. Para encontrarlo, debían buscar por la casa y alrededores. A un joven se le ocurrió entrar en el cuarto donde se guardaban las escobas y los enseres de limpieza. Allí encontró una pequeñita candela, una luz humilde. La luz del Resucitado es una luz humilde, sencilla, que se encuentra allá donde se sirve y ama, pero, por sí misma y compartida, capaz de llenar la vida, como nadie, de luz y de calor. En la parroquia me gusta comenzar el rito del fuego de la noche de Pascua con una pequeña llama que portan los grupos que encarnan la caridad en la parroquia. El cristiano, la comunidad parroquial, ha de ser luz, puede que pequeña, pero, junto a otras, capaz de alumbrar la vida y dotarla de calor. El cirio pascual recuerda cómo Cristo y cómo la Iglesia, ese misterio de la luna, cuyo resplandor no es otro que el de Cristo, es luz. Y nos recuerda cómo se es realmente luz: «desgastándose».

Nuestras parroquias son luz, rumor, sacramento, signo e instrumento de amor, de unidad y de salvación, cuando son auténticas comunidades, espacios de encuentro, hogares que acogen, hospitales de campaña, en expresión del papa Francisco, que salen con la mochila al hombro a sanar heridas, signos e instrumentos de reconciliación y de unidad. A este respecto, conviene advertir cómo sacramentalidad y

esencial del Evangelio, seguramente ese mensaje hablará a las búsquedas más hondas de los corazones: «El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza». Francisco, *Evangelii gaudium* 265.

36 Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 22.

37 Francisco, *Evangelii gaudium* 265.

comunidad se implican. La parroquia es sacramento, rumor y luz si es comunidad, y no una comunidad cualquiera, sino una comunidad al estilo de Dios, comunidad de fe y amor donde el servicio a la caridad lo invade todo³⁸, un hogar de verdad, de justicia y de caridad que interroga, que cuestione, que, en su sencillez y pobreza, porque tiene vida, porque la gente se quiere y quiere, sea buena referencia, posibilidad buena, buena noticia. En estas lides, el número no es lo importante. Incluso la más pequeña de las comunidades es capaz de irradiar. Basta con observar ese primer momento evangelizador de la Iglesia: “mirad cómo se aman”. Basta con observar, agradecidos, el testimonio de amor y entrega de tantos hombres y mujeres, gracias a los cuales hoy creemos, pues no partimos de cero.

Hablar de comunidad, no de masa, ni de mera suma de personas, es hablar de relaciones que nos vinculan unos a otros, de valores compartidos, de la participación y corresponsabilidad de todos, aun con sus distintos grados, modos y formas de pertenencia, sabiendo, eso sí, que la comunión es tanto más honda y real cuanto más profunda es la realidad de la que se participa. El secreto de nuestra comunión no está en mi decisión de juntarme con el otro, sino en la comunión con Cristo, que es obra del Espíritu. Cuanto más unidos estamos a Cristo, más cerca estamos unos de otros.

Por eso, la Eucaristía es la máxima expresión de la comunión eclesial y la fuente, junto con la Palabra, de toda renovación parroquial. La parroquia es comunidad orante, que se alimenta de la Palabra y de la Eucaristía. La renovación parroquial no es cosa de estrategias o eficacias pastorales, sino de comunión con Cristo: “Permaneced en mi amor; sin mí no podéis hacer nada...” (cf. Jn 15,1-16). La renovación de nuestras parroquias nace del volvernos a Cristo, mirarle, mirar a sus ojos y con sus ojos³⁹, sumergirnos, por el Espíritu, en su familiaridad con el Padre (cf. Jn 14,23; 16,23.26), y contagiarnos de sus sentimientos (Flp 2,5ss), de su mirada, de su capacidad para hacer una lectura creyente de la realidad, para discernir los signos de los tiempos, para crear y generar auténtica vida y fraternidad. Nuestra mayor riqueza es poder ser cauce para el encuentro personal y comunitario con Cristo. “El Espíritu, alma de la Iglesia, será la fuerza

38 Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est* 19ss.

39 Cf. Francisco, *Lumen fidei* 18.

que transforma el corazón de la comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer, en su Hijo, una sola familia”⁴⁰.

Sacramentalidad, comunión: dos palabras claves en la renovación de toda comunidad parroquial. Desde aquí releemos los tres rasgos fundamentales que, tradicionalmente, han cualificado la comunión parroquial: globalidad, territorialidad y maternidad. Veamos⁴¹.

4.1. Globalidad de la comunidad parroquial.

La comunidad parroquial se caracteriza por la «globalidad» de su misión y la globalidad de sus miembros. De hecho, si algo diferencia la realidad parroquial de otras realidades eclesiales es que, más allá de acentos específicos, o de carismas determinados, es una comunidad abierta, capaz de abrir sus puertas a todos, sin exclusividades; “capaz de, desde lo común y lo radical cristiano, congregar en la unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran, e insertarlas en la universalidad de la Iglesia”⁴². Es, quiere ser, familia abierta, sin elitismos, donde todos, de la condición que sea, puedan sentirse como en casa.

Esta globalidad cualifica la comunidad. En primer lugar, cualifica el sentido de pertenencia. Como advierten, entre otros, teólogos pastoralistas como Julio Ramos, Casiano Floristán, o más recientemente, el mismo Kasper, la comunidad parroquial no se limita a la gente de los grupos, movimientos o comunidades que pueda incluir, ni a la gente que más directamente está implicada en ella. Pensar en la comunidad como si ésta se redujera a los grupos que hay en ella, nos cierra puertas y cierra puertas. Floristán habla, de hecho, de una gran comunidad en tres círculos concéntricos⁴³:

1. El primer círculo sería el que llama «nuclear», compuesto por los grupos y personas más directamente implicados en la vida co-

40 Benedicto XVI, *Deus caritas est* 19.

41 Cf. Congreso Parroquia Evangelizadora, Segunda ponencia ‘Parroquia Comunidad, Misión’, 110-126; J. Ramos, *Teología pastoral*, BAC, Madrid 1995, 338-348; E. Brotóns, ‘La parroquia en el misterio de cómo Dios ama el mundo’, en *Id (dir)*, o.c., 138-151.

42 Cf. Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 82000, 257.

43 C. Floristán, *Para comprender la parroquia*, Verbo divino, Estella 1998, 676s.

munitaria; círculo importante, en cuanto motor dinamizador de la comunidad.

Es en este nivel donde hablamos de la parroquia como «comunidad de comunidades», un buen antídoto contra el riesgo de comunidades sin rostro o anónimas, y, sin duda, un buen camino de renovación parroquial y de futuro pastoral.

La futura parroquia, nos dice Kasper, será una comunidad de comunidades, una red de círculos, comunidades de base, movimientos, asociaciones espirituales, grupos bíblicos, de oración, de amigos, de trabajo, iglesias domésticas... que, en un momento determinado, se encuentran, se reconocen unas a otras, se coordinan y celebran juntos la Eucaristía⁴⁴. La parroquia necesita de todas estas comunidades, asociaciones, o grupos, sencillamente, para que la fe se experimente comunitariamente tanto afectiva como efectivamente, y para que ellas fermenten desde una vida comprometida la globalidad parroquial. A su vez, éstas necesitan a la parroquia para encontrarse en ella con la universalidad de la Iglesia y no cerrarse así sobre sí mismas. Importante es el papel a jugar por el ministerio del párroco y de los distintos sacerdotes de una comunidad parroquial, que se configura aquí como un verdadero servicio a la unidad y a la comunión, servicio de acompañamiento y animación misionera⁴⁵.

44 Cf. W. Kasper, o.c., 413. Sin duda, en las realidades más pobres de nuestro mundo rural, este modelo invita a la búsqueda de nuevas formas y modos de presencia eclesial, que, sin perder su arraigo en el pueblo, estén abiertos a los nuevos espacios vitales que se van configurando. Recordando los inicios de la evangelización europea, Kasper habla de iglesias-centro, capaces de irradiar un entorno, de comunidades de personas en red, de momentos significativos de encuentro donde se experimente una vida eclesial no languidecida, sino floreciente, llena de vigor e irradiación misionera. Tenemos aquí un campo urgente de reflexión y acción pastoral. Cf. Ib., 410-414.

45 Es interesante la reflexión que nos ofrece el documento de Aparecida sobre el papel de los sacerdotes en la comunidad, en aras a la renovación parroquial. Bajo el epígrafe Animadores de una comunidad de discípulos misioneros afirma: «La renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. La primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo, porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia. Pero, al mismo tiempo, debe ser un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración. Pero, sin duda, no basta la entrega generosa del sacerdote y de las comunidades de religiosos. Se requiere que todos los laicos se sientan corresponsables en la formación de los discípulos y en la misión. Esto supone que los párrocos sean promotores y animadores de la diversidad misionera y que dediquen tiempo generosamente al sacramento de la reconciliación». CELAM, Aparecida, 2015.

¿Qué rasgos caracterizan esta «comunidad de comunidades»?:

- En primer lugar, la unidad en la pluralidad, la convivencia real de comunidades de diversos tipos y estilos en el seno de la misma parroquia. No se puede imponer solamente una metodología o absolutizarla como la únicamente válida.
- La querencia mutua. La parroquia no es la suma de grupos en los que cada cual cumple su tarea, de forma aislada, sin más relación mutua que la exigida por criterios de organización y eficacia⁴⁶. Esto bastaría, quizá, en una parroquia comprendida sólo por las funciones y tareas que desempeña, pero la parroquia, ante todo, es familia, casa común. Las distintas comunidades y los distintos grupos manifiestan su eclesialidad en el reconocimiento y en el servicio mutuo, en la participación en la vida de la parroquia, en los distintos momentos de convivencia, también de descanso, en la celebración de la liturgia. Sin duda, la Eucaristía del domingo constituye el momento privilegiado, fuente y expresión, de la unidad de las distintas comunidades en la comunidad parroquial.
- La corresponsabilidad y la participación de todos. La vida parroquial debe superar el clericalismo de una organización y un funcionamiento basados en la figura del párroco, y abrir puertas a la corresponsabilidad y la participación. En este sentido, deben ser potenciados en la parroquia los distintos ministerios laicales en cuanto tales, con verdadera, propia y auténtica responsabilidad en la vida parroquial y en la tarea evangelizadora de la Iglesia. Hay que saber sembrar esta inquietud: “Todos los miembros de la comunidad parroquial son responsables de la evangelización de los hombres y mujeres en cada ambiente. El Espíritu Santo, que actúa en Jesucristo, es también enviado a todos en cuanto miembros de la comunidad”⁴⁷. Los sacerdotes están llamados a reconocer los servicios y carismas de los seglares para el bien del Cuerpo y de la tarea en común⁴⁸, sa-

46 Cf. J. Bestard, *Corresponsabilidad y participación en la parroquia*, PPC, Madrid 1995, 83.

47 CELAM, *Aparecida* 171.

48 “Saben los pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y carismas de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común”. *Lumen gentium* 30.

biendo que la misión de los seglares no es mera delegación. Deriva de su incorporación a Cristo por el Bautismo, en virtud de la cual han sido hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo⁴⁹. Esta importancia de los laicos en la vida parroquial se da en la medida en que la parroquia haya hecho la opción clara por la evangelización. Si las parroquias siguen cerradas solamente en ser comunidades de culto, es lógico que el clericalismo perdure en ellas y que la colaboración laical sea más de ayuda que de auténtico protagonismo.

- Los organismos parroquiales de corresponsabilidad, tales como los consejos pastorales o los consejos de economía, están al servicio de la unidad, de la coordinación y de la misión evangelizadora de la parroquia. Recogiendo todas las sensibilidades, favoreciendo la comunicación y el sentimiento mutuo de pertenencia, su función supera cualquier clase de burocracia. Es importante que los consejos pastorales parroquiales “estén formados por discípulos misioneros constantemente preocupados por llegar a todos. El consejo de asuntos económicos, junto a toda la comunidad parroquial, trabajará para obtener los recursos necesarios, de manera que la misión avance y se haga realidad en todos los ambientes. Estos y todos los organismos han de estar animados por una espiritualidad de comunión misionera: «Sin este camino espiritual de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento»⁵⁰.
- Dinamismo misionero. Acompañamiento. No toda la vida de los grupos apunta hacia servicios internos de la Iglesia. El protagonismo del laicado no se agota en los ministerios intraeclesiales; al contrario, su protagonismo más propio se da en el mundo, en los ambientes, donde se juega día a día la vida de la gente. Éste es un espacio propio del compromiso secolar que la comunidad parroquial debe saber alentar, discernir y acompañar. La parroquia, que inicia en la fe a los cristianos, sabe bien que el

49 Cf. *Lumen gentium* 31.

50 CELAM, *Aparecida 203*; Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte* 43.

apostolado laical evangelizador, requiere, entre otras cosas, un esfuerzo serio de acompañamiento, formación y preparación adulta y madura. Por aquí apunta la segunda prioridad de nuestro Plan Diocesano de Pastoral que insiste en la integración y coherencia entre fe y vida como un verdadero testimonio evangelizador: “Esta actitud evangelizadora se ha de traducir en la creación de grupos y de comunidades de cristianos conscientes de su compromiso, que estén presentes en asociaciones, grupos culturales, actividades vecinales, ONGs, en el mundo de la empresa, en sindicatos, en cuadros profesionales, medios de comunicación, en ambientes juveniles, en la educación, en las misiones, la sanidad, la opinión pública, la vida familiar, etc., con un tipo de presencia transformadora, que no excluye, sino que incluye y reclama nuevas formas de anuncio explícito de Jesucristo como Salvador”.

2. A este primer círculo concéntrico, habría que añadir un segundo, que Floristán denomina «sacramental», formado por quienes, sin estar metidos en grupos, participan asiduamente en las celebraciones, especialmente, en la Eucaristía. Aquí, el sentido de pertenencia varía. La tentación del individualismo se atisba en los que, fruto de una determinada formación, acuden sólo a «escuchar su misa». Otros, en cambio, tienen conciencia de sentirse miembros de la comunidad y quieren celebrar su fe en ella. La celebración de la Eucaristía, su preparación, el dinamismo propio de la celebración puede ayudar a crear, educar y potenciar esta conciencia. Importa que la gente se sienta en casa, la alegría del encuentro, la acogida, el sentimiento de pertenencia.

3. Se distingue, además, un tercer círculo, la «comunidad popular», formada por practicantes ocasionales o muy ocasionales: los que se acercan a la parroquia muy de vez en cuando, bien demandando servicios, bien en momentos significativos (determinadas fiestas o acontecimientos importantes en la vida de uno). El riesgo del individualismo es alto y, en ocasiones, las demandas son poco o difícilmente «evangelizables»; pero, también, son parroquia y comunidad. De nuevo, nos hallamos ante el dilema que planteábamos al principio: integrar sin caer en una iglesia de puros. Requiere, sin duda, paciencia, acogida, comprensión. Es importante que, cada vez que se acercan a la parro-

quia, se lleven una experiencia gratificante, que se sientan y se sepan acogidos, atendidos, valorados. La atención a este grupo debe estar impregnada de escucha y diálogo, abriendo cauces y dejando ya pistas, en ese mismo diálogo, para un primer anuncio. Lo mismo puede decirse de la homilía en estas celebraciones puntuales. Ha de estar, si cabe, especialmente cuidada, a la luz de la Palabra y con un oído en el pueblo, centrada en el kerigma, esperanzada, positiva, sin caer en fáciles reproches o moralinas. No olvidemos que la homilía, no es otra cosa que “retomar el diálogo ya entablado entre Dios y su pueblo”⁵¹.

Nadie debe sentirse cristiano de segunda en la parroquia, aunque no esté implicado en grupos, ni acuda asiduamente. Por eso, tan importante como potenciar las comunidades y los distintos grupos en el seno de la parroquia es potenciar todo lo comunitario⁵², crear cauces de encuentro, de acogida, de pertenencia. La parroquia está llamada a ser comunidad creyente hecha de personas, que se identifican con ella en grados diversos, una comunidad solidaria con los gozos y las fatigas de la gente, y que hace de la Eucaristía su centro, el momento por excelencia de encuentro y de expresión y realización de la comunión parroquial.

4. A estos tres grupos, yo añadiría un cuarto, muy amplio, el de la «misión», integrado, en primer lugar, por los pobres, que no pueden ser sólo objeto de nuestra solidaridad, sino sujetos de la vida eclesial. La Iglesia es servidora y, a la vez, hermana de los últimos. En consecuencia, los pobres también tienen sitio, y sitio preferente, en la comunidad y en la mesa de la Eucaristía⁵³. Los pobres nos evangelizan; tienen mucho que enseñarnos, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente⁵⁴. El reto es grande, pues que el pobre pueda sentir

51 Remito aquí a la valoración y reflexión que ofrece *Evangelii gaudium* sobre la homilía en los nn. 135-159.

52 Cf. J. Ramos, o.c., 342.

53 “Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: «He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme» (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte* 19.

54 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 198.

la parroquia como su casa nos obliga a buscar cauces de acogida, integración, participación, a la vez que exige de la comunidad, austeridad, sencillez, sobriedad y libertad evangélica. A este respecto, *Evangelii gaudium* llama la atención sobre la falta de atención espiritual a los pobres. Es la peor de las discriminaciones. Necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria⁵⁵. Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social⁵⁶. Una Iglesia pobre para los pobres. He ahí el reto.

A los pobres hemos de añadir los alejados, los indiferentes, los que no creen, los que profesan otra fe, otras ideas... Todos están llamados, en cierta manera, a sentir la parroquia como algo propio, cercano. La globalidad implica apertura a todos, sin exclusión, también al no creyente, apertura ecuménica e interreligiosa, un corazón ancho, grande, donde todos tengan sitio. Es importante la capacidad para tender puentes, para dialogar, para acercarse al otro. Para ello, no basta una comunidad parroquial que acoja; ésta debe salir, salir con humildad a los espacios donde se decide el día a día del barrio, del pueblo. Una parroquia evangelizadora es una parroquia “en salida”, una comunidad que, fiel al mandato de Jesús, “id”, acepta y obedece la llamada a salir y llegar a todas las periferias necesitadas de la luz del Evangelio⁵⁷.

La solicitud de la parroquia, por tanto, se divide en todos estos círculos. Algo parecido le pasaba a Jesús. Entre los que le seguían distinguimos distintos niveles: los Doce, los discípulos, los que le acogen en sus casas allá donde va, los que sólo acuden a escucharlo por curiosidad o a pedirle ayuda, los que observan desde el borde del camino. A todos se les anuncia, sin exclusión, el mensaje del Reino de Dios.

Junto a la dinámica de pastoral en salida y la acogida, me parece especialmente importante mimar y cuidar el sentido de pertenencia. Todos necesitamos sentirnos parte de algo y de alguien, una realidad

55 Ib., 200.

56 Ib., 201.

57 Cf. Ib., 20.

que se manifiesta de muchas formas, a través de muchos gestos sencillos, sin olvidar el cuidado, la atención y la ternura con los que durante años han servido a las parroquias y que por la enfermedad, la vejez, ya no pueden hacerlo, incluidos los sacerdotes. Nuestras comunidades no pueden perder nunca la memoria tierna y agradecida⁵⁸.

2. Junto a la globalidad de miembros está la globalidad de la misión, que no vive definida por la demanda religiosa, sino por su propia identidad y dinamismo, que en última instancia es oferta pública, no privativa, del Evangelio. El modelo sigue siendo el ideal propuesto en Hch 2,42-47; 4,32-35. Caminamos, de hecho, hacia comunidades solidarias, fraternas, organizadas orgánicamente y presididas en el amor, lugar de encuentro, donde todos tienen sitio, donde todos, cada uno según su carisma y ministerio, son responsables de la misión, comunidades hermanas y servidoras de los más pequeños, pobres y al lado de los pobres, que, con su permanente diaconía y actitud de servicio, testimonian y transparentan el amor misericordioso de Cristo. Caminamos hacia comunidades que celebran su fe, que viven de la Palabra, de la oración compartida, de la Eucaristía, fuente, expresión y realización de la comunión; avanzamos hacia comunidades que comparten su fe, que, en comunión con toda la Iglesia, anuncian y comparten la Palabra, que nacen y viven del encuentro con Jesús.

En todas estas acciones respira, como savia que todo lo impregna, ese espíritu y afán por evangelizar, en todas respira el servicio a la caridad.

Esta globalidad de miembros y misión exigirá que la parroquia ensanche sus acciones y su dinamismo para abarcar lo que la vida cristiana es, y que se aventure a ser realmente comunidad de personas y de comunidades, de sensibilidades, de acentos, de metodologías, donde unidad no signifique uniformidad sino comunión, donde el «yo» diga también «nosotros», y el recelo o la envidia den paso a la confianza, donde el pluralismo sea contemplado como una riqueza y no como una amenaza; donde el diálogo, la participación y la escucha sean un buen hábito que configura la identidad parroquial, y el clericalismo

58 Me llamaron la atención al respecto las palabras del papa Francisco en Santa Marta sobre las residencias de los curas mayores, al hablar del «ocaso del apóstol», en la Eucaristía del 18/10/2013. Tendemos a olvidar estos santuarios: no son sitios bellos, porque uno ve qué nos espera". Pero al contrario, "si miramos más en lo profundo, son bellísimos, por la riqueza de humanidad que hay dentro. Hay que peregrinar también a estos santuarios de santidad, apostolicidad y entrega".

dé paso a la participación y a la corresponsabilidad; donde, en definitiva, prime el reconocernos y querernos en la diferencia.

A su vez, dicha globalidad exige planificación, es decir, una programación pastoral que no se conforme con repetir lo ya hecho, o con buscar soluciones conforme aparecen los problemas, sino que, ligada a una situación real, se plantee objetivos, sepa adónde va, busque los medios, evalúe. Es toda la comunidad la que se implica en la programación, una programación que habrá de interiorizarse en los grupos y agentes de pastoral. La programación va unida a la distribución pastoral de tareas, grupos, funciones, en unidad de misión. Una parroquia distribuye las distintas tareas entre sus miembros y grupos, desde la diversidad de carismas, porque nadie en la Iglesia es capaz de todo, ni puede hacer lo que quiere, sabiendo que tampoco nadie ni ningún grupo agota la misión de Jesús, ni la vida cristiana o parroquial. La imagen paulina del Cuerpo de Cristo nos habla de esa necesidad mutua de unos y de otros para vivir en cristiano. Nunca puedo decir «no te necesito». Quizá nadie sea imprescindible, pero todos somos necesarios.

Ello conlleva un estilo, donde la obsesión por la eficacia, por hacer cosas, deje paso a la preocupación por la pedagogía (hacer personas y comunidades); la amargura de la crítica sistemática, negativa y destructiva, a la corrección fraterna y la ayuda mutua; el miedo al futuro, a la confianza en el Espíritu; el protagonismo personal o de mi grupo, al servicio generoso.

Esta globalidad ¿indica que hoy en día todas las parroquias tienen que hacer de todo? No necesariamente. No confundamos, de hecho, la multiplicidad de tareas con la misión. Es cierto que todas las parroquias deben cuidar esta triple dimensión: comunidades solidarias que celebren y compartan su fe. Pero, para las tareas concretas, estamos llamados a trabajar en red, a aprender a salir de nuestros guetos, a descubrir y valorar lo hermoso de colaborar unos con otros. La parroquia se convierte así, también en su misma actividad y programación pastoral, en comunidad de amor, lugar de acogida y encuentro, en signo e instrumento vivo de comunión. Basta, en la línea apuntada por Pablo en su primera carta a los Corintios, con que se imponga, en todas sus estructuras y en su dinamismo propio, el servicio a la caridad⁵⁹.

59 Desde aquí podemos releer el famoso himno a la caridad de 1 Cor 12,31 – 13,13. Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est* 19.

4.2 Territorialidad: encarnación y evangelización.

Lo decíamos antes: la Iglesia no es algo etéreo, sino, aunque lo trascienda en su Misterio, una realidad localizada en un lugar concreto, visible, palpable. A la hora de formar comunidad, la fe debe «tomar cuerpo», «pisar suelo»⁶⁰.

Esta dimensión ha definido tradicionalmente la parroquia. Pero el dinamismo actual de la evangelización, la movilidad que caracteriza la vida en las ciudades y, cada vez más, en el mundo rural, o, incluso, la misma realidad sacerdotal, nos exige un doble cambio de perspectiva. Primero, el paso de una concepción territorial de la parroquia a otra más personal e interpersonal. La parroquia no es el territorio encomendado a un presbítero para ejercer la cura de almas, sino comunidad de creyentes, pueblo de Dios, donde uno vive, comparte y celebra su fe. En segundo lugar, pasar de la territorialidad como jurisdicción a la territorialidad como ámbito de encarnación y polo de evangelización.

1. La territorialidad que caracteriza la parroquia supone una oportunidad genial para vivir este principio básico y fundante de la encarnación. De la misma manera que Cristo Jesús no es una especie de salvador gnóstico que redime al mundo al margen de éste y de lo humano, la Iglesia no puede acontecer de otro modo que descendiendo solidariamente al interior del mundo y de la humanidad. Como Pueblo de Dios forma parte de la historia humana. Todo lo humano le afecta.

Gracias a la territorialidad parroquial, la Iglesia se integra en la ciudad, en un barrio o en un pueblo, como una «casa» entre otras casas, como comunidad abierta a todos, para compartir gozos y esperanzas, tristezas y angustias, y poder traducir así en cada lugar, en cada situación y cultura, el mensaje del Evangelio. La parroquia encarna una Iglesia que sabe acercarse y escuchar a las personas y al mundo, que sabe dialogar con la cultura y con la sociedad desde la fragilidad y la humildad; una Iglesia que no se sitúa frente a la sociedad, desde fuera o desde arriba, sino que camina con ella desde dentro y desde abajo; una Iglesia entrañablemente humana y humanizadora, maestra y discípula, servidora de todos, capaz de crear redes de

60 Entendemos «territorio» en un sentido amplio, que puede abarcar también a una «cultura» determinada, como es el caso de las llamadas «parroquias personales», donde una determinada cultura constituye el auténtico «suelo» de la comunidad parroquial.

fraternidad en el tejido social que recreen la experiencia de Jesús en clave de servicio y entrega.

2. Una Iglesia encarnada es aquella que siente y hace suyos los problemas de su gente. Por eso, como decíamos arriba, es también tarea y misión de la parroquia humanizar el territorio en el que vive. “He venido para que tengáis vida, y vida en abundancia” (Jn 10, 10).

Advirtiendo que el cristianismo no tiene la exclusividad de la bondad, nuestras parroquias no pueden encerrarse en sí mismas. Están llamadas a colaborar y trabajar sin miedo, y con humildad, con todos aquellos (personas, asociaciones vecinales, instituciones, plataformas...) que se esfuerzan en el parto de un mundo más humano, solidario y justo. En este contexto, volvemos a recordar que la opción preferencial por los pobres no es un añadido a la misión, sino una dimensión constitutiva de la misma, el crisol donde se comprueba la fidelidad de la comunidad eclesial y parroquial a su Señor.

Ello implica salir, hacernos presentes en la vida del pueblo, del barrio, aportar como uno más, trabajar codo a codo con otros. Y, a la vez, abrir las puertas, sin pedir nada a cambio, con sencillez y gratuidad. Sobre todo, como nos recuerda constantemente el Papa, hay que salir a las periferias, no sólo las geográficas, sino las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de la miseria; incluso, me atrevería a decir, hay que traer la periferia a casa. En el documento de Aparecida, en su n. 398, se habla de “ser amigos de los pobres”: “Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres. Día a día, los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral: educan a sus hijos en la fe, viven una constante solidaridad entre parientes y vecinos, buscan constantemente a Dios y dan vida al peregrinar de la Iglesia. A la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos. Desde esta experiencia creyente, compartiremos con ellos la defensa de sus derechos”⁶¹.

61 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 198.

3. En tercer lugar, debemos advertir cómo territorialidad y sacramentalidad se implican. Es en cada pueblo, cada barrio o rincón de la ciudad, donde toda parroquia es sacramento, signo e instrumento de comunión, comunidad de contraste, alternativa humanizadora. Así lo recuerda Juan Pablo II, en un texto que recoge nuestro Plan Diocesano de Pastoral:

“Si la parroquia es la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres, ella vive y obra entonces profundamente injertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas. A menudo el contexto social, sobre todo en ciertos países y ambientes, está sacudido violentamente por fuerzas de disgregación y deshumanización. El hombre se encuentra perdido y desorientado; pero en su corazón permanece siempre el deseo de poder experimentar y cultivar unas relaciones más fraternas y humanas. La respuesta a este deseo puede encontrarse en la parroquia, cuando ésta, con la participación viva de los fieles laicos, permanece fiel a su originaria vocación y misión: ser en el mundo el «lugar» de la comunión de los creyentes y, a la vez, «signo e instrumento» de la común vocación a la comunión; en una palabra ser la casa abierta a todos y al servicio de todos, o, como prefería llamarla el Papa Juan XXIII, ser la fuente de la aldea, a la que todos acuden para calmar su sed”⁶².

Especial atención merece hoy el servicio a la esperanza que pueden realizar y llevar a cabo nuestras comunidades parroquiales. En tiempos recios como los que nos toca vivir, en medio de una sociedad asfixiada por la crisis y sus consecuencias, preocupa el clima generalizado de desánimo y desaliento que se va generalizando. La esperanza es un bien frágil, y, cuando se pierde, la vida se deteriora, la alegría se apaga, aumentan los miedos, la violencia, la búsqueda de mil seguridades, crece el individualismo y, con él, la soledad. Tocadas por el amor de Dios, nuestras comunidades, saben bien donde fundamentar la esperanza y dar razón de la misma. Tocadas por el amor de Dios, nuestras parroquias pueden ser sacramento, signo e instrumento de esperanza. Y lo somos cada vez que, bien enraizados en Jesús, tendemos nuestra mano al que sufre, trabajamos junto a otros por un mundo mejor, nos preocupamos por los niños, los jóvenes, los enfermos, las familias, compartimos la Palabra, anunciamos a Cristo, reconciliamos, partimos jun-

62 Juan Pablo II, *Christifideles laici* 27.

tos el pan y celebramos alegres nuestra fe. Somos esperanza cuando somos familia, cuando creamos espacios comunitarios de encuentro, cuando hacemos de nuestras comunidades lugares de acogida y fraternidad, solidarios y proféticos, testigos de un modo nuevo y distinto de convivencia, más humano, fraterno, participativo, gratuito.

4. El sentido último de nuestra diaconía, de nuestra predicación, de nuestra misma vida comunitaria y sacramental no es otro que comunicar a Cristo. Por eso, la territorialidad es para la parroquia un memorial constante de evangelización.

Los hogares, las calles, el rostro de sus vecinos... interpelan constantemente a la comunidad parroquial y le invitan a salir de sí, y a atreverse incluso a ir a donde nadie va o de donde todos marchan. La parroquia, en cada uno de sus miembros, empezando por sus pastores, se sabe solícita no sólo por aquellos que acuden a ella por una u otra razón, sino por todos los que le han sido encomendados allí donde está, creyentes, o no, católicos o no. La parroquia sabe bien que se debe a todos, y le duele profundamente no saber cómo llegar, en muchas ocasiones, a aquellos que más lo necesitan. Allí donde esté la parroquia, “es menester que lo que Cristo es para nosotros, lo sea por medio de nosotros”⁶³. No basta con cuidar la oveja que nos queda en el redil, mientras las noventa y nueve andan perdidas. No debemos obsesionarnos por el número, ciertamente, lo decíamos antes, pero no podemos utilizar la imagen del pequeño resto como excusa para quedarnos tal como estamos y no evangelizar. “Una Iglesia que no quiere crecer, entra en agonía y, al final, muere”⁶⁴.

Aquí no hay recetas. No siempre lo que es viable en un sitio es válido para otro; pero es irremplazable estar, convivir, el tú a tú⁶⁵.

5. En definitiva, la territorialidad remite a lo que *Evangelii gaudium* llama “el gusto espiritual de ser pueblo”⁶⁶. Es una cuestión de amor, de amor a Dios y a nuestra gente. Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, reconocernos como pueblo, sentirnos pueblo, integrarnos

63 H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1980, 176.

64 W. Kasper, o.c., 411.

65 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 127-129.

66 Cf. Ib., 268-274.

a fondo en la sociedad, compartir sus inquietudes, su vida, alegrarnos con los que están alegres, llorar con los que lloran, trabajar codo con codo con todos para construir un mundo nuevo, rezar, interceder y orar por nuestro pueblo, dar razón de nuestra esperanza, anunciar a Cristo, con dulzura y respeto (1 Pe 3,16), sin cansarnos de hacer el bien. Nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia; no como carga o peso que desgasta, sino como amor y opción personal que te inunda de gozo. No en vano, somos instrumentos del amor de Cristo para amar a nuestra gente. Cada persona es digna de nuestra entrega, pues cada persona, imagen y semejanza de Dios, es objeto de la ternura infinita del Señor, de la cual somos y hemos de ser transparencia viva. La misión en medio del pueblo no es un añadido o un adorno; algo muy hondo se arranca de nuestro ser si la perdemos.

La parroquia evangeliza cuando vive la mística del acercarnos a los demás, de buscar su bien. El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el pleno encuentro con Dios. Cristo no quiere gente que mire por encima, despectivamente, a su pueblo, sino hombres y mujeres de pueblo, que lo amen con locura. Vivámoslo, nos pide el Papa, «sine glossa», sin comentarios. De ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo.

6. La territorialidad no significa que la parroquia sea autosuficiente, ni que pueda encerrarse en sí misma o en sus límites, y menos aún, que pueda asumir una posición sectaria y «apropiarse», por así decirlo, de sus feligreses. No es un feudo, sino un polo abierto de evangelización. Nuestras comunidades parroquiales, no lo olvidemos, son comunidades diocesanas, con sentido de Iglesia.

Ello implica interés y sensibilidad por la vida y la acción de la Iglesia universal y local, por la misión, también por la misión «ad gentes». En Cristo, y en el abrazo del Espíritu, todos formamos un solo pueblo, un cuerpo, un único templo. Todo cristiano está llamado a «dejarse afectar» por lo que vive la Iglesia y viven sus hermanos. Por otra parte, se nos exige abertura de mente y apertura pastoral. La referencia diocesana, la apertura a los otros, el esfuerzo por desarrollar la vida parroquial desde unos planes pastorales más amplios, en una pastoral de conjunto tanto diocesana, como arciprestal o de vicaría, la convivencia con los movimientos, dándoles cabida y respetando su trayectoria, no respon-

de a una cuestión estratégica ni práctica, sino a una razón teológica de fondo. Una pastoral parroquial encerrada en sí misma, sin referencia a la Iglesia local, pierde su fundamentación teológica y razón de ser.

En un mundo globalizado, en el que, sobre todo en nuestras ciudades, el territorio deja de ser un valor prioritario en la configuración de la vida de las personas, las parroquias han de caracterizarse por el trabajo en común y los proyectos conjuntos, y por el trabajo en red, coordinado, organizado, abierto a la pluralidad, renunciando a los «coros privados de pastoral», abierto a lo que otros ofrecen y posibilitan. En la parroquia vivimos la vida de la Iglesia, pero no agotamos la Iglesia.

4.3. La maternidad cristiana de la parroquia.

Recogiendo la tradición de los Padres al hablar de la Iglesia como Madre, y al hablar de María, la Virgen, podemos afirmar, como ya intuía von Balthasar⁶⁷, que los misterios de María y de la Iglesia, y, en ella, de nuestras parroquias, no están tan lejos. En María, mujer creyente, madre y hermana nuestra, puede contemplarse la Iglesia sin miedo a equivocarse. La una y la otra están unidas en una vocación fundamental: la maternidad. Como María fue colmada del Espíritu, para engendrar a Cristo para el mundo, la Iglesia acoge, día tras día, el don del Espíritu para seguir «engendrando» a Cristo para el mundo. «Aquel a quien la Virgen dio a luz, también lo da todos los días la Iglesia»⁶⁸. Y esto en un doble sentido:

1. Lo mismo que la función maternal de María fue dar al mundo al Hombre-Dios, así también la función maternal de la Iglesia, que culmina en la Eucaristía, es la de darnos a Cristo⁶⁹. La Iglesia no es sólo una institución, es Vida de Cristo comunicada. Imitando a María atiende

67 Cf. H. U. von Balthasar, *Ensayos teológicos II. Sponsa Verbi*, Guadarrama, Madrid 1964, 33.

68 Berengaud, In Apoc 12, 3-5. Tal como advierte Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Mater*, en este engendrar a los hombres a una vida nueva, «María no sólo es modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más. Pues, «con materno amor coopera a la generación y educación» de los hijos e hijas de la madre Iglesia. La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su «cooperación». Cf. *Redemptoris Mater* 44.

69 Cf. Ap 12, 1-17, donde el autor evoca el duro y dramático enfrentamiento entre la mujer que da a luz un Niño, y el dragón. La mujer simboliza la Iglesia, el Pueblo de Dios, y el Niño es Cristo resucitado, engendrado por la Iglesia permanentemente para el mundo y para cada época.

a la tarea de hacer nacer a Cristo en los corazones de los hombres a través del anuncio de la palabra, los sacramentos, la caridad.

2. La Iglesia es Madre que, en la fe, engendra el Cuerpo del que Cristo mismo es la Cabeza. Decía San Agustín: “la Iglesia es virgen y madre. Imita a María que dio a luz al Señor. Ella da a luz al mismo Cristo porque son miembros Suyos [de Cristo] los que reciben el bautismo. Ella engendra a Cristo, porque sois miembros de Cristo”⁷⁰.

La maternidad de la parroquia responde a esta doble dimensión: ofrecer a Cristo mediante la Palabra, los sacramentos, especialmente el Bautismo y la Eucaristía, y la comunión fraterna; y, en segundo lugar, gestar la vida en la fe, iniciarla, educarla, y acompañarla. Ésta es una de las tareas fundamentales que la Iglesia local encomienda a la parroquia. La Diócesis confía a la comunidad parroquial la tarea de la iniciación cristiana, un proceso que se realiza en los tres grandes sacramentos de la iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía, no como momentos independientes, sino como una unidad dinámica.

A este respecto, debemos advertir que el sentido de la iniciación cristiana no se sitúa en la línea de la «asimilación» de lo que es dado por la institución, de unos roles, o de un conjunto de prácticas, normas o tradiciones, con los que el creyente debe conformar su vida; tampoco puede quedar reducida a una presentación teórica del cristianismo; ni siquiera a la simple o esporádica preparación para los sacramentos. Es más bien, un «proceso» de crecimiento en la fe, de maduración de la vida cristiana, de inserción en la comunidad, en el cual el que se inicia se hace sujeto de su propia historia, de modo que aprende a tomar la vida en sus manos como algo suyo, a hacerse persona, y a descubrir progresivamente, desde su propia autonomía, la voluntad de Dios. Se trata de enseñar y aprender a vivir de «dentro afuera», desde la experiencia personal y eclesial de encuentro con Dios y de su Gracia.

La personalización de la fe se inspira así en la pedagogía de Dios con el hombre tal como se manifiesta en la Historia de la Salvación. Por eso, en el centro de la iniciación cristiana, por encima del rol, de la verdad objetiva o de la institución, se sitúa la persona humana, la relación, el encuentro, la comunidad, la fe y la vida vivida, orada, y celebrada en íntima unidad.

70 San Agustín, Sermo 25,8.

Es tarea primordial parroquial, por tanto, instituir procesos de catequesis, espacios y momentos de acompañamiento personal y grupal, y de formación puntual y continua en cualquiera de sus formas. Aquí insistiría en la importancia de la catequesis familiar, en el acompañamiento de los jóvenes y en los catecumenados de adultos, así como en la formación de acompañantes. No en vano, la profundización en la persona de Cristo es tarea de toda una vida.

Pero hemos de dar un paso más: vivimos en tiempos nuevos, re-cios, y nos la jugamos, hoy, sin duda, en nuestra capacidad de anunciar de nuevo el Evangelio. Nos la jugamos en el reto del primer anuncio. Para ello, dos claves:

1. La apuesta por un diálogo esperanzado con la sociedad. No siempre es fácil; sobre todo, según el contenido que se dé a la bandera de la laicidad, tan en boga hoy. Por ello, urge recuperar el espíritu de *Ecclesiam suam*, la llamada de Pablo VI a hacer del diálogo el itinerario para la misión⁷¹, diálogo que traduce la actitud de Dios con el hombre, en el que todos crecemos y nos enriquecemos mutuamente, diálogo hecho de escucha amorosa y anuncio firme del «sí» de Dios a la humanidad⁷².

“El cristianismo, [advertía el papa Benedicto XVI en los previos a su viaje apostólico a Alemania] no es un cúmulo de prohibiciones, sino una opción positiva. Es muy importante que esto se vea nuevamente, ya que hoy esta conciencia ha desaparecido casi por completo. Hemos oído hablar tanto de lo que no está permitido que ahora hay que decir: tenemos una idea positiva que proponer”⁷³. Este uno de los grandes retos del cristianismo hoy: mostrar la alegría de ser cristiano, su grandeza, su belleza, su atractivo⁷⁴. Ello no quita ni anula la denuncia profética siempre que la verdad del hombre y de Dios se ven ame-

71 Cf. Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, 54ss; Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia* 25.

72 Cf. Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia* 25; Francisco, *Evangelii gaudium* 248-258.

73 *Ecclesia* 3326 (2006) 1318.

74 “Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (...). Y ojalá que el mundo actual pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 80; Francisco, *Evangelii gaudium* 95. Cf., también, la exhortación de Pablo VI sobre la alegría cristiana, *Gaudete in Domino*.

nazadas, pero la sitúa en un contexto salvífico mayor. No hay paridad entre «anuncio» y «denuncia». Los «noes» de la Iglesia se sustentan en un «sí» mayor de Dios, del cual la Iglesia es sacramento, lo que nos impide anclarnos en un constante anatema o conflicto frontal con el mundo y las instituciones, manejados a veces por la agenda de las objeciones que nos presenta la sociedad. Con humildad, creo que esto termina fatigando y agotando, cuando no desvirtuando el mensaje e inmunizando al mundo contra la verdad del Evangelio.

Esta apuesta se sustenta en una mirada positiva y esperanzada sobre el ser humano y la existencia, que permite encontrarnos con Dios no sólo en clave de indigencia y miseria, sino de gozo y plenitud. Estamos llamados a ser testigos de esperanza y no profetas de calamidades, nos advertía ya Juan XXIII. Dios no se manifiesta primariamente como negación, sino como «fundamentación»⁷⁵.

2. Frente al indiferentismo, la propuesta de arraigo y fundamento, el redescubrimiento de la significatividad de Dios para las esperanzas y anhelos fundamentales de la vida humana y del mundo.

La Iglesia del presente y de los próximos años, si realmente quiere servir a la humanidad, tendrá que ser una Iglesia que se centre en lo substancial y en lo permanente, y ser sacramento de la significatividad existencial de Dios para la vida del hombre. Ahí apunta, tal como recoge el Plan Diocesano de Pastoral, su diaconía, su predicación, su liturgia. Por más que Dios esté a nuestro lado, si nadie lo nombra, lo invoca, lo anuncia, nos iremos alejando de él, poco a poco aprenderemos a vivir sin Él. Y entonces “¿adónde iremos?” (Jn 6, 68). La misión de la Iglesia se la juega en su capacidad de crear espacios donde educar, celebrar y vivir «coram Deo», lo cual en palabras de Teilhard de Chardin implica⁷⁶:

1. Despertar la alegría del ser. Descubrir la significatividad de Dios en la propia existencia, y cómo el misterio de Cristo ilumina el misterio y el destino de lo humano⁷⁷, implica experimentar el gozo de ser nosotros mismos, confrontados con nuestra pequeñez y con nuestro Misterio. No es tarea fácil, en medio de tantos ruidos. Por eso, educar la capa-

75 Cf. X. Zubiri, *El hombre y Dios*, Alianza, Madrid 1984, 344.

76 Cf. P. Teilhard de Chardin, *Sobre el amor y la felicidad*, PPC, Madrid 197, 82-89.

77 *Gaudium et spes* 22.

cidad simbólica del hombre, la interioridad y la mirada contemplativa y creyente de la realidad, para descubrir el rastro y el rostro de Dios en la historia, constituyen retos ineludibles de toda tarea evangelizadora. En palabras de Bonhoeffer: “Quien no aprende a entrar dentro de sí y a escucharse en profundidad, no escuchará ni a Dios ni a los demás”.

2. Descentramiento o despertar la alegría del amar. Interioridad no es intimismo. La auténtica espiritualidad es aquella que favorece los encuentros y que nos impele a des-centrarnos y a atrevernos a hacer la aventura del «tú», la aventura de amar, de acoger y de dar-se, de hacernos hermanos y servidores de los más pequeños, de fundirnos con otros en el parto del Reino, de un mundo más fraterno. La Iglesia, llamada a ser «casa y escuela» de comunión⁷⁸, puede ayudar a recuperar la hondura de la solidaridad y del valor de la comunidad. Tampoco es tarea fácil. Requiere, de hecho, acompañamiento y paciencia, hasta que se vayan sanando miedos, inseguridades, egoísmos. Evangelizar pasa necesariamente por acompañar el aprendizaje de amar.

3. Despertar la alegría de adorar. A Dios, dice, sólo se le puede invocar en vocativo. Es el momento en que desaparece toda locura y engaño, cuando los hombres se colocan ante Él a solas, y ya no dicen «Él», sino «Tú».

Adorar es «dejar a Dios ser Dios», confiarse en Él, dejarse mirar, amar y hablar por Él y amarle con el corazón y el alma, experimentar la alegría y el gozo de ser ante su presencia, y dejar que esta presencia me configure, me sane, me redima. En último término, «Dios» sólo me es accesible en la oración, en la intimidad con Él, en la comunidad que celebra y ora. De ahí la necesidad de procesos de fe en los que no sólo se hable de Él, sino que se sea capaz de balbucear un «Tú» orante, confiado.

Al final, la alegría de ser, de amar y de adorar confluyen. Las tres se implican y explican recíprocamente. Y es que nuestra vida, la vida de la Iglesia, no es sino Su mirada impresa en nosotros, ante la cual despierta la alegría de ser y de amar.

Toda esta tarea no se agota ni se desarrolla exclusivamente en la parroquia. De nuevo remito a la importancia del trabajo en conjunto y del trabajo en red con la familia, primera comunidad educadora en la fe, con la escuela, los movimientos, las comunidades de base, las

78 Cf. Juan Pablo, *Novo millennio ineunte* 43.

delegaciones, los centros de formación teológica etc. Son muchos los agentes llamados a implicarse en esta tarea y misión. Toda la comunidad eclesial, en su diversidad de carismas y ministerios, es responsable de la tarea catequética y evangelizadora de la Iglesia.

5. “Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús”.

No sólo importa ser buena noticia, ser luz, sino «cómo» se es luz y buena noticia. El «cómo» no es un ornato o un añadido a la misión, sino una dimensión constitutiva de la misma. El «cómo» pertenece también al «contenido» de la misión.

Hay un indicativo a lo largo de toda la Historia de Salvación que constituye un gozoso imperativo para la comunidad eclesial: lo trascendente se revela en lo humilde, en lo pequeño, en lo sencillo. Por eso, termino esta reflexión sobre la teología de la parroquia con la exhortación que Pablo hace a los cristianos de Filipos: “Tened los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús” (Flp 2,5). Antes que los cambios estructurales, urge un cambio de actitudes: cristianos capaces de caldear el corazón de las personas, de descender y caminar con ellas en la noche, evangelizadores con Espíritu, que oran y trabajan, enamorados de Jesucristo y del Evangelio. “Unidos a Él buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama”⁷⁹.

La parroquia será sacramento del amor de Dios si se deja conducir por el Espíritu por los mismos caminos que el Espíritu condujo a Jesús: el de la kénosis, la pobreza, la entrega y el servicio, en obediencia filial, amorosa y confiada al Padre, en misericordia. Es el camino del Siervo de YHWH, del que nos habla Isaías, camino que Jesús encarnó por nosotros, cargando con nuestro sufrimiento, con nuestra debilidad y nuestro pecado, y que la Iglesia está llamada a asumir también como propio, en cuanto Cuerpo de Cristo, Cuerpo llagado de Cristo⁸⁰. La Iglesia, la parroquia, siguiendo el ejemplo del Señor, es exhortada a

79 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 259-267. La cita en 267.

80 “Mas como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es la llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (Flp 2,69), y por nosotros, «se hizo pobre, siendo rico» (2 Cor 8,9); así la Iglesia, aunque el cumplimiento de su misión exige recursos humanos, no está constituida para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación incluso con su ejemplo”. *Lumen gentium* 8.

vivir su identidad y su misión en una doble expropiación de sí: hacia Dios, quien la envía y de quien procede, y hacia la humanidad, a la que es enviada; hacia Dios, su fuente, y hacia la humanidad, su encargo. De la misma manera que el Hijo de Dios se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo (Flp 2,5ss), la Iglesia encuentra su vida en esta renuncia y en esta entrega.

Al celebrar la Eucaristía, la Iglesia se reconoce a sí misma naciendo de la vida entregada de Jesús y, configurada con Él, enviada a la entrega de la propia vida para manifestar el amor y el cuidado de Dios por todos los hombres. La fracción del pan le lleva a hacerse un solo pan con Cristo, un pan partido, un cuerpo entregado, una sangre vertida. En virtud de la fraternidad en el convite, en virtud de la asociación de la Iglesia al propio sacrificio de su Señor, “la comunidad eucarística comulga con la suerte del Siervo, haciéndose también ella sierva: comiendo el cuerpo-dado tiene que hacerse, por la fuerza que éste le comunica, cuerpo-ecclesial-dado, cuerpo-para-los-demás, cuerpo-ofrecido-por la muchedumbre”⁸¹.

Termino como comencé al principio: Nuestro tiempo es tiempo de Dios y tiempo para Dios, y nuestro vivir es Cristo. Pertenecemos al modo en el que el Dios uno y trino ama al mundo. Nuestra única seguridad nace de experimentar con corazón confiado la fidelidad de Dios. No hay misión sin esta confianza radical. El “ay de mí si no anuncio el Evangelio” (1 Cor 9,16) se sustenta en ese “sé de quién me he fiado” (2 Tim 1,12). No en vano, con el salmista, la Iglesia proclama: “El Señor es el lote de mi heredad y mi copa. Me ha tocado un lote hermoso. Me encanta mi heredad” (Sal 16,5-6).

81 B. Forte, *La Iglesia de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1996, 133.

